

# LAS IMÁGENES QUE VENERAMOS

Catequesis sobre la Eucaristía



## LAS IMÁGENES QUE VENERAMOS

En muchos veladores de nuestros dormitorios o en muchos escritorios de nuestras oficinas, o simplemente, en muchas billeteras de nuestros bolsillos, tenemos una foto que nos recuerda a alguien de nuestra familia o a nuestros seres más queridos. ¿Por qué tenemos esta costumbre tan arraigada en nuestra manera de ser? Simplemente porque necesitamos tener presente a quienes amamos, recordarnos a cada rato de ellos, evocar sus cariños, sentir sus cercanías, aproximarlos desde la distancia para tenerlos a nuestro lado. Muchos de nosotros tenemos también un recuerdo, una foto, un escrito o un objeto que nos hace traer a la memoria del corazón a los seres queridos que ya partieron de este mundo, y que seguramente ya están contemplando a Dios. ¡Es tan humano y normal que sea así!

En las épocas antiguas los hombres querían representar de cualquier manera a Dios. Necesitaban tenerlo cerca o mirar su cara. Entonces se fabricaban sus propias imágenes: becerros, animales, aves o reptiles. Algunos tuvieron como “dios” a la serpiente. Otros consideraron que el “sol” era dios. O tenían muchos dioses. Recordemos que los griegos y los romanos tenían numerosos templos a las más variadas y diversas divinidades.

El Dios “vivo y verdadero” quiso evitar a su pueblo de Israel que cayera en la idolatría, es decir, en representarse a Dios falsamente y adorar imágenes fabricadas por las manos del hombre. ¡Era tan fácil dejarse llevar por la fantasía! ¡Era tan fácil crear un “dios” según nuestra imaginación! “Tienen pies y no caminan. Tienen boca y no hablan” comentaba con ironía el salmista. Los profetas recibieron el encargo de recordar con frecuencia y energía a los israelitas la fidelidad al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. Los que habían tenido una viva experiencia de Dios en el desierto no podían dejarse llevar por la tentación de los “baales” o falsos dioses.

Esa es la razón, entre otras, por la cual vino el Mesías Jesucristo. Vino a mostrar el rostro verdadero de Dios. En Él es posible asomarse de alguna manera al corazón de Dios. En Él podemos ver “la imagen del Dios invisible”. En Jesús Dios tiene rostro, nombre, identidad, sentimientos y preferencias. Es imposible decir algo de Dios, para nosotros, sin contemplar la figura hermosa de Jesucristo.

Por eso al aceptar a Jesucristo nosotros reconocemos en Él “la imagen perfecta” de nuestro Dios. “El que me ve a mí, ve al Padre”. Y por eso, así como en el velador tenemos la fotografía de quien amamos, desde los primeros siglos los cristianos nos recordamos en imágenes a quienes caminaron por esta tierra y ahora están ya en el cielo: Jesús resucitado, María en cuerpo y alma, los santos y santas que amamos.

Nadie piensa que en la foto familiar está verdaderamente su familia. Así tampoco nadie piensa que en una imagen está la persona representada. Pero nosotros

tenemos necesidad de recordar a quienes amamos, tenerlos en el corazón, recordar lo que hicieron, lo que dijeron, lo que testimoniaron.

Estamos en una época en que la imagen es fundamental. La técnica nos trae la imagen de los presidentes, de los personajes más influyentes de la sociedad, de las noticias que ocurren diariamente en cualquier rincón del mundo. En el cine es posible ver imágenes de quienes ya no están con nosotros. A veces nos emociona verlos de nuevo. Lo que pasa es que la imagen es parte de nuestra cultura, de nuestra vida de todos los días, de nuestra conversación cotidiana. Por eso los cristianos veneramos con cariño las imágenes de nuestros testigos, de nuestros amigos ante Dios, de quienes nos ayudan con su ejemplo a caminar hacia la Patria definitiva.

Nosotros no adoramos las imágenes como algunos nos acusan, las veneramos, las miramos con respeto y con afecto. Procuramos que aquí en el templo haya imágenes que nos hablen del Señor y sus misterios, que nos recuerden a la Virgen María y su entrega generosa, que nos hagan presente a los santos más queridos. Tratamos de que en cada casa haya una cruz que nos hable del sacrificio maravilloso de Jesús. Incluso tratamos que en algún camino del campo o calle de la ciudad una imagen nos recuerde el amor tan grande que Dios tiene con nosotros.

Procuramos también que nuestras imágenes reflejen la belleza de ver a Dios, de modo que nosotros disfrutemos contemplándolas. El Catecismo de la Iglesia nos recuerda este comentario de san Juan Damasceno: “La belleza y el color de las imágenes estimulan mi oración. Es una fiesta para mis ojos, del mismo modo que el espectáculo del campo estimula mi corazón para darle gloria a Dios”.

En nuestras comunidades debiera haber una “pastoral de la imagen”, que busque promoverlas y difundirlas en nuestras familias, en los caminos, en las poblaciones, en nuestros lugares de trabajo, y especialmente, en nuestros lugares de oración. ¿Hay algunos en nuestra Asamblea que se interesen en esta actividad?

### ***Sugerencias:***

1. Explicar las imágenes que hay en el Templo.
2. Actividad: Resaltar con flores y de un modo especial la principal imagen que nos preside.